


Nora, Pierre, *Jeunesse*, Paris, Gallimard, 2021, 239p. ISBN: 9782072977824. 7'80€


Prologue. La nuit de Hendaye. Le Vercors. Mon histoire juive. La cellule souche. L'échec à Normale. Char et Marthe. Les années charnières. Le petit dernier.
Remerciements.

Nora, Pierre *Une étrange obstination*, Paris, Gallimard, 2022, 343p. ISBN: 9782072995415. 21'00€ 

Prologue. Gaston. La magie Gallimard. Dedans, dehors. L'explosion des sciences humaines. Foucault tel que je l'ai connu. L'heure historienne. Les Trente Glorieuses. L'avènement du présent. Le tournant des années quatre-vingt. L'ego-histoire. Mon Marcel Gauchet. Les débuts du *Débat*. L'aventure des *Lieux de mémoire*. Vivre avec *Le Débat*. Les lois mémorielles. «Le coeur en danger». Le bonheur et la chance.

La epidemia de COVID y la insistencia de Mona Ozouf han propiciado la aparición de las memorias de una figura clave en la cultura francesa de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del actual, lo que no deja de ser un acontecimiento, en buena medida por el papel que su autor ha jugado no solo en el ámbito de la historia disciplinar de la que viene, lo que ya por sí solo no es una aportación menor; sino también por su rol de gestor cultural e intelectual, capaz de impulsar iniciativas cuya repercusión ha sido inmensa; y basta recordar *Les lieux de mémoire* o la ego-historia. Además, como editor de varias colecciones de la editorial Gallimard, más de mil títulos, reunió a un elenco de autores cuya influencia en la vida intelectual no solo francesa, sino universal, ha sido manifiesta, y es suficiente citar a uno, Michel Foucault. Baste decir esto para mostrar el interés de estas páginas de memorias, tan bien escritas como ha sido habitual en la trayectoria de su autor, atractivas por lo que cuenta sin restricciones, pero probablemente también por silencios significativos, muchos de los cuales solo algunos implicados podrán reconocer.

Es un ejemplo más del territorio de la escritura del yo, que tantas reflexiones ha generado y que lleva al espacio de lo memorial y autobiográfico, a su valor y utilidad, a los recelos y prevenciones que provoca, pero también al pacto autobiográfico del que hablara Philippe Joutard ya en 1971. No deja de ser, por otro lado, el ámbito de la subjetividad reconocida y asumida. De hecho, el propio Nora reconoce que en estas memorias no hay un relato continuo y organizado, ni sus recuerdos se prestan a un esquema coherente. De hecho, salta en el tiempo, salta en el espacio, y en los dos volúmenes que han aparecido hasta ahora (anuncia un tercero, «mes amis, mes amours», *Une étrange*, p. 341), se entrelazan recuerdos personales, profesionales, familiares, de amistad, de amor... Y, sin embargo, pese a todo, no hay sensación de desorden, siendo el primer



RECENSIONES

volumen más familiar, pegado a su formación y al inicio de su trayectoria profesional y académica, poco más de tres décadas. El segundo se circunscribiría más al desarrollo profesional e intelectual; pero, en cualquier caso, con saltos temáticos y temporales, en un relato propio en el que el autor conduce por donde desea al lector. De hecho, considera que el resultado es una mezcla entre los lugares de la memoria y la ego-historia, incluso menciona la novela de aprendizaje, giros en definitiva para acabar reconociendo que «[!]es souvenirs obéissant aux lois de la mémoire et non à celles de l'histoire» (*Jeunesse*, p. 15). ¿Qué mejor forma de reconocer la subjetividad y, a su vez, de implicar a los lectores en un pacto autobiográfico? En el fondo, se pregunta él mismo, ¿no son estas memorias una ego-historia? (*Une étrange*, p. 218).

Hijo de una familia judía, Gaston, su padre, era veterano de la gran guerra y médico, jefe del servicio de urología del hospital Rothschild de París y, por tanto, objetivo directo de la persecución de Vichy y de los nazis durante la guerra. Sin embargo, con ayuda, permaneció en la ciudad y formó parte de la resistencia; y trató de enviar fuera del país a su familia, sin éxito. Ya entonces afloran los que van a ser protagonistas principales de estas páginas: los contactos familiares y personales. De hecho, bien podría decirse que estamos tanto ante la descripción de redes como de una memoria personal. Lo que aparece en ambos volúmenes es una tupida trama de significados que, parafraseando a Clifford Geertz, constituye su mundo intelectual. Nora nos describe relaciones, contactos, influencias, referencias, no en sentido político, es decir, como vías para el acercamiento y la consecución del poder; sino más bien como forma para describir las formas en las que la cultura, en un sentido muy amplio y elitista, fluye entre intelectuales. Estamos también ante una historia de estos (casi exclusivamente franceses o francófonos) en un tiempo de auge, pero también de caída; en un momento de esplendor que llevó a nuevas colecciones, editoriales, revistas, y su paso a un declive significativo, ¿tal vez primordialmente francés? Y todo ello descrito a través de algunos de sus principales protagonistas, caracterizados desde la particular visión del autor, también compleja en tantos aspectos, sobre los que reflexiona.

Y se podría empezar con su relación con el judaísmo. Pasó de negarse a celebrar su Bar Mitzvah de regreso al París de posguerra, a marchar a Israel en 1967 en defensa del estado judío, «une anticipation enivrante de mai 68» (*Jeunesse*, p. 53). Señala al respecto: «Il est clair que le Juif profondément assimilé et déjudaisé que j'étais restait juif par une connaissance d'historien», y añade: «Pour moi, le judaïsme est tout entier histoire. Ce n'est pas une religion, à la différence du christianisme; ce n'est pas non plus une culture, à la différence de l'Islam. C'est une histoire» (*Jeunesse*, p. 58). Y tal vez por ello, reconoce, aflora la cuestión de la integración, al hilo del libro que le dedicó François Dosse (*Pierre Nora: homo historicus*, Paris, Perrin, 2011) y a partir del cual reflexiona. El problema de la inserción judía en la nación francesa, que ya caracterizó el debate en torno a Dreyfuss a fines del siglo XIX, que llevó a la meditación de Marc Bloch, resurge en Nora y le lleva a preguntarse por su relación con Francia: «Que *Les lieux de mémoire* portent alors la marque d'un historien qui fait partie du peuple de la mémoire et se met à jour avec la France, c'est plus que possible, c'est certain» (*Jeunesse*, p. 66).

RECENSIONES

Estaba además su familia, la de origen y la adquirida en sucesivas relaciones. Su madre, Julie, «le pilier de la famille» (*Jeunesse*, p. 106). Y por supuesto su padre, una figura siempre en frente, presente, pero a ser posible a un lado. Sus hermanos, especialmente el mayor, Simon, una figura capital en el mundo político francés de la Vª República e íntimo colaborador de Pierre Mendès-France (*Simon Nora: moderniser la France*, Paris, CNRS-Institut Pierre Mendès France, 2016); Jean y Jacqueline. Pero también Marthe, Gabrielle, Françoise o Josyane.

Desde su más tierna infancia aparecen los Jeanneney, tuvo como compañero de instituto y uno de sus principales amigos de adolescencia a Pierre Vidal-Naquet, pero también a Jacques Derrida (*Une étrange*, pp. 71-2); durante un tiempo fue cuñado de François Furet, además de amigo, «une amitié qui a duré toute la vie» (*Jeunesse*, pp. 153, 154); y todo el universo escolar, los anhelados *normaliens*, luego vistos con distancia escéptica a partir de su relación con André Fermigier y Jean-François Revel; y la decisión sobre la agregación, con la duda entre letras, filosofía e historia. Lo significativo, el papel de Braudel en ello, capaz de darle un lustre a la historia que antes tuvo la filosofía: «Flottait autour d'elle un air de nouveauté», concretada en «un horizon anthropologique, quelque chose de noble, de profond et de grand» (*Jeunesse*, p. 149 y 150). Y eligió historia, bajo la tutela de Victor-Lucien Tapié y la supervisión de René Rémond, una presencia permanente en buena parte de su carrera académica, el que le vinculó a la contemporaneidad, el que le recibió en la *Académie française* y al que considera el núcleo de la gran transformación que dio lugar a la eclosión de la historia contemporánea, muy al hilo de la aceleración de la historia tan perceptible en torno a mayo del 68, el cambio continuo y, por tanto, una nueva percepción del acontecimiento.

Y estaba la presencia política e ideológica. Ya para ese momento de inicio de la tesis, «[t]ous mes amis appartenait au Parti», especialmente su muy cercano Emmanuel Le Roy Ladurie, pero no otros, como Vidal-Naquet, que afirmaba que Nora «n'a pas non plus été membre du PC» (*L'histoire est mon combat*, Paris, Albin Michel, 2006, p. 19). Llega a afirmar que probablemente su elección de la historia «est peut-être une manière de ne pas être dans l'action. [...] On raconte, on analyse, on étudie, mais on ne participe pas» (*Jeunesse*, p. 230), primando, afirma, la mirada etnológica, objetivadora y desfamiliarizadora, de entomólogo: «À se couper du sentiment identitaire pour faire passer les identités nationales sous le microscope de l'historien [...]. Cela implique de donner priorité à l'historiographie, c'est-à-dire à l'histoire de l'histoire» (*Jeunesse*, p. 231). Este argumento lo reitera al hablar de la nueva historia, en la que considera que ocupa un lugar privilegiado la historia de la historia (*Une étrange*, p. 125). Y, sin embargo, se queja de la desnacionalización, de la pérdida de una referencia que había sido central y que defiende frente a la revolución memorial, en la que la conciencia esencialmente nacional se metamorfoseaba en conciencia patrimonial. Y su conciencia por completo histórica se metabolizaba en conciencia memorial (*Une étrange*, p. 200). De ahí su interés por estas cuestiones, como historiador y como editor, pero también como polemista, al oponerse a lo que considera el excesivo peso legislativo sobre cuestiones de memoria en Francia (*Une étrange*, pp. 315-326).



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

Además, en tiempo de tesis, contó con la ayuda y cercanía en la fundación Thiers de jóvenes como Marc Fumaroli o Jean Tulard. Era 1960 y las alternativas oscilaban entre la historia económica con Labrousse y Braudel, o la diplomática y política con Renouvin (*Une étrange*, p. 112), con el que comenzó su tesis fantasma, ante el que nunca se llegó a sentar en sus entrevistas, y frente al que se sentía «toujours gêné, raide, terrorisé» (*Une étrange*, p. 18). Pero su paso previo por la enseñanza media en Argelia le había llevado a publicar un libro, polémico sobre esa convulsa parte de una Francia que, en esos años, se contraía y que le acercó a la cuestión del tiempo presente y de la memoria, seguido por el estudio sobre Ernest Lavisse en un tiempo en el que «étudier l'histoire de l'histoire, n'était pas chose commune» (*Jeunesse*, p. 197). Y este fue el tema de tesis, por más que rechazase lo que esta implicaba y el mundo universitario del momento: «J'ai tout fait pour échapper à l'Université, à laquelle j'ai cependant tout fait pour appartenir» (*Une étrange*, p. 12).

Viajó también, en esos primeros años sesenta, a EE.UU., a México, a Camboya e incluso a China, pero además entró en el mundo de la edición, dejando a un lado el universitario, por más que colaborara en *Sciences Po*, de la mano de Rémond. Fue en el mundo editorial donde marcó tendencias, en plena eclosión de la nueva historia, con editoriales que lanzaban obras de gran repercusión pública: «La révolution éditoriale et la révolution historiographique marchaient alors du même pas» (*Jeunesse*, p. 221; *Une étrange*, p. 53). Y fue entonces, en 1965, cuando le llegó la oferta de la editorial Gallimard, a la que ha seguido vinculado hasta estas memorias. Este es el arranque del segundo volumen, con la figura central de Gaston Gallimard y una casa editorial creada en 1911, en la que permaneció cincuenta y siete años, más que los propios dueños, señala (*Une étrange*, p. 37). Lo significativo de su trayectoria editorial fue, por un lado, la libertad de selección de autores, rompiendo incluso con la tendencia al aislamiento francés y favoreciendo las traducciones y, en segundo lugar, el impulso de iniciativas, de la que surgió por ejemplo *Les lieux de mémoire*, un proyecto que, dice, nunca hubiera aceptado si hubiese sido un editor puro, ni tampoco si hubiese sido un historiador únicamente universitario (*Une étrange*, p. 44). De ahí la aventura que supuso su paso por Gallimard, perfectamente de manifiesto en la relación de las obras editadas, en el contacto con sus autores y en el éxito de muchos de los libros cuya publicación canalizó y con los que buscaba autores que «tout en traitant leur sujet, s'interrogent à travers lui sur l'histoire qu'ils font» (*Une étrange*, p. 143).

Sin ánimo alguno de exhaustividad entre los muchos autores a los que menciona, habla de Foucault y de su *Les mots et les choses* (1966), el inicio de su éxito y de una relación con Nora que sufrió grandes altibajos entre la amistad y el conflicto y al que dedica un muy interesante capítulo completo (*Une étrange*, pp. 79-107). Explica en él que le interesó por «la manière de traiter historiquement un problème qui relevait de la philosophie» (*Une étrange*, p. 81). Supuso el arranque de la primera colección que Nora dirigiría en Gallimard y, de alguna manera, la teoría de las ciencias humanas en pleno proceso de instauración, lo que llama los «treinta gloriosos» de la historia y los historiadores, «où l'histoire a paru régner sur les disciplines voisines et les historiens sur l'esprit du temps» (*Une étrange*, pp. 111, 137-171). De hecho, asume su papel en este proceso

RECENSIONES

afirmando que fue «l'historien éditeur d'historiens le plus actif d'une époque sans pareille» (*Une étrange*, p. 171). En este ambiente se generó *Faire de l'histoire* (1974), obra colectiva conducida por Nora y Jacques Le Goff (con el que también le unió una estrecha amistad), y que pasó a representar la reflexión sobre la historia de este grupo de renovadores y, señala Nora, la obra que «marque la fin des années de croissance accélérée et les debuts d'une profonde mutation de la conscience historique et nationale» (*Une étrange*, p. 125, 127). En esta iniciativa también formó grupo Jacques Revel, al que agradece el contacto con Philippe Joutard o Michel de Certeau. A ellos cabría añadir otras muchas figuras de la historiografía del momento, como Jean-Pierre Vernant, François Hartog, Marcel Detienne, Krzysztof Pomian (y su presencia y cercanía en la iniciativa de la revista que Nora impulsó y dirigió durante cuatro décadas, *Le Débat*), Dominique Kalifa, Jacques Berque y otros.

Por las colecciones que dirigió desfilaron, además de los ya citados, Émile Benveniste, Raymond Aron, Louis Dumont, Elias Canetti, George Dumézil... un conjunto de autores que estaban definiendo una nueva percepción de las ciencias humanas, interdisciplinar e interrelacionada (incluso con el aporte de ciencias como la medicina a través del libro de François Jacob, *La logique du vivant*), muchos de los cuales acudían a sus seminarios en la *École* a la que entró con la ayuda de Le Goff, entre otros. Menciona uno de los primeros, al que asistieron, por ejemplo, Pascal Ory, Jacques Revel, Marcel Gauchet, Mona Ozouf y, al fondo de la sala, Foucault), y de todos los cuales Nora aporta su opinión, entremezclando el conocimiento de su obra con el trato personal e incluso íntimo que tuvo con muchos de ellos, por ejemplo con Georges Duby, al que elogia y señala su duradera amistad; a Alphonse Dupront, al que considera una importante influencia en su labor de historiador; a Jacques Juillard, otro de los grandes amigos a partir del cual analiza el relevante papel difusor que jugó *Le nouvel observateur* («c'était la famille», afirma en *Une étrange*, p. 168) en la extensión de las nuevas perspectivas historiográficas y sus principales impulsores; Hélène Carrère d'Encausse, o Le Roy Ladurie, con quien se considera casi íntimo a partir del proceso de edición de su *Montaillou*, el libro que aseguró el éxito de la nueva historia entre el público, afirma. Luego se refiere a su progresivo alejamiento, ideológico, pero también historiográfico: «il a paru s'enfermer dans une histoire de paysans un peu répétitive et rester étranger aux évolutions de la discipline» (*Une étrange*, p. 132). Opiniones de familiaridad y cercanía, pero también de una elevada carga crítica, como la que expresa sobre Aron (*Une étrange*, p. 64), a lamentos por no haber podido captar a Claude Lévi-Strauss (*Une étrange*, pp. 73-77), o a comentarios como el que lanza sobre Paul Veyne y su *Comment on écrit l'histoire*, «un ouvrage aussi faux que fou» (*Une étrange*, p. 88), pese a considerarlo la epistemología de la nueva historia en ciernes. También se refiere con dureza a Braudel, «possesif et tyrannique» y sobre el que apreciaba «un solide fond d'antisémitisme» (*Une étrange*, pp. 112 y 113).

De todo ello destaca su ya mencionada preocupación por la historiografía, «la ligne éditoriale que j'ai le plus obstinément poursuivie: les livres à dimension historiographique». A lo que añade, con énfasis, que «l'histoire elle-même devient historiographie» (*Une étrange*, pp. 145-146), lo que comprendería, para Nora «tous les livres qui s'interrogent sur ce qu'est faire, écrire ou penser l'histoire» (*Une étrange*, p.



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

147), incluyendo, por ejemplo, las biografías de historiadores. Y en esto cabría incluir su iniciativa en torno a la ego-historia, un reflejo de que «l'histoire n'était pas une carrière ni une curiosité, c'était une raison d'être et de vivre, le besoin d'inscrire sa propre existence dans une continuité réfléchie» (*Une étrange*, pp. 210-211). Además, resalta su interés por potenciar una historia conceptual de la política, en la que concede un peso significativo a Furet y su *Penser la Révolution française*, al que considera un libro-manifiesto y un libro-programa. A partir de ahí, Maurice Agulhon, Stéphane Audouin-Rouzeau, Annette Becker, Anne-Marie Thiesse y otros. Como trasfondo, la ya citada preocupación por la desnacionalización y el auge de lo memorial y, como consecuencia, la edición de *Les lieux de mémoire* ya en los años ochenta (*Une étrange*, pp. 251-281). Plantea sus orígenes: estudiar la idea nacional, pero desde otra perspectiva, escogiendo aquellos lugares, en su sentido más amplio, en los que se encarnara el espíritu de pertenencia. Entendido como un anti-Lavissee, buscaba la alienación de lo nacional, cuestionar su seguridad unitaria y replantear lo que significaba en un tiempo de críticas y desorientación tras la pérdida de las seguridades previas. Era una historia de la memoria, pues partiendo de la diferencia entre ambos términos, mostraba que un lugar de memoria era una mezcla de los dos: «La mémoire, au présent, n'est pas le récit du passé, mais sa réactivation symbolique» (*Une étrange*, p. 272). Sin embargo, de forma retrospectiva percibe en toda su labor, tanto histórica como editorial, una unidad: «avoir cherché à mettre l'histoire et la culture [...] au coeur de l'identité nationale française» (*Une étrange*, p. 340).

Resume todo este proceso indicando que fue hombre sin opiniones en el ámbito histórico, el hombre de al lado en la enseñanza y también en el mundo editorial, un marginal central, en definitiva. Marginal, «parce que je n'ai pas été un universitaire classique, ni un éditeur professionnel, ni un historien typique, ni un authentique écrivain» (*Une étrange*, p. 12). Tal vez demasiada modestia para alguien acostumbrado a formar parte de las principales iniciativas editoriales e historiográficas de la segunda mitad del siglo XX, polemista habitual hasta nuestros días y un referente, para bien o para mal, de varias generaciones de historiadores. No es un bagaje menor, no parece tan marginal en sus consecuencias, por más que su voluntad hubiera sido en algún momento permanecer en cierto segundo plano. Por eso el matiz de añadir «central» a su pretendida marginalidad podría reflejar algo mejor su papel, inexcusable, y la durabilidad de su aportación, algo tan complejo y difícil de conseguir. Los dos libros (a la espera del tercero), suponen, además de una aproximación a la figura del autor, un recorrido historiográfico e intelectual por la segunda mitad del siglo XX y un repaso de la nueva historia, por el cambio de paradigma desde lo socio-económico a lo cultural en el más amplio sentido. Dos argumentos que hacen de estos dos libros una lectura recomendable, más allá de los inevitables desacuerdos en obras, autores y opiniones que, en último término, enriquecen la lectura.

Pierre Nora, miembro de la Académie Française, ha sido editor en Gallimard durante más de medio siglo, profesor en Sciences Po y en la École des Hautes Études, ambas en París, director durante cuarenta años de la revista *Le Débat*, autor de *Les français d'Algérie* (1961, 2012); *Présent, nation, mémoire* (2011); *Historien public*

RECENSIONES

(2011); *Recherches de la France* (2013); y editor de algunas de las obras más influyentes de finales del siglo XX y comienzos del XXI: *Faire de l'histoire*, con Jacques Le Goff (1974), *Essais d'ego-histoire* (1987) o *Les lieux de mémoire* (1984-1993).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA